

P. JULIO COLOMER CASANOVA, S.J.

Valencia 04/07/1933- Valencia 25/04/2025



Qué difícil es despedirnos de las personas que queremos, que han sido parte integrante de nuestras vidas. Julio era muy querido y respetado por sus compañeros jesuitas, en especial los que tratamos con él en sus sucesivos cargos de gobierno en la antigua provincia de Aragón, pero también por tantos a los que ha acompañado y aconsejado en su última etapa de “jubilación”.

Qué difícil también para cada uno de nosotros enfrentarse a la propia muerte. Julio hacía ya tiempo que la veía cercana, y más cuando en marzo pasado fallecieron José Ignacio

González Faus e Ignasi Salat, compañeros de curso suyos en el Colegio San José de Valencia, que habían entrado también en la Compañía al terminar el bachillerato.

Julio trataba de prepararse a la muerte, leyendo y meditando, pero reconocía también la incertidumbre que sentía ante la incógnita del más allá. Sin embargo, como me dijo un día, también había rebrotado en él lo que el filósofo Paul Ricoeur llamó “una segunda ingenuidad”, que se abría con sencillez al misterio de la muerte y se expresaba en la práctica de devociones esenciales. El día en que le dijeron los médicos que lo que tenía era maligno, me lo encontré en su cuarto en silencio delante del crucifijo de sus votos. Por eso, cuando en la Semana Santa ya no podía participar de las celebraciones comunitarias, se unió a la adoración de la cruz besando él también ese crucifijo de votos, que hemos dejado entre sus manos en el féretro. En verdad esta cuaresma ha sido para él una unión progresiva al camino doloroso de la cruz de Jesús. Un camino que sin embargo ha terminado el viernes de la semana de Pascua, 25 de abril, en la Vida nueva del Resucitado. Como dice san Pablo, “en la vida y en la muerte somos del Señor”.

En 2001 falleció su madre Carmen, que para él y su hermana había sido madre y padre tras el asesinato de su padre, Julio Colomer Vidal, en los primeros días de la guerra civil, cuando solo contaba 3 años. En el funeral Julio me pidió que recitase el salmo 22, el salmo del Buen Pastor, diciéndome además lo importante que era para él la guía y el acompañamiento del Señor, tanto en los tramos con “verdes praderas” como en los de “cañadas oscuras”, tal como el valle de tinieblas que ha vivido en esta etapa final. Siempre sufrió con sus ramalazos de ansiedad, pero en

especial quizá más a raíz de su intervención de vejiga el 17 de febrero pasado, cuando arreciaron los dolores y sintió que iba empeorando. Ha sido realmente su cruz.

Julio tuvo un largo y productivo itinerario como jesuita. Tras la Tercera Probación en Austria, preparó en Tubinga el doctorado en teología con una tesis sobre Calvino y la “*res publica*”. Luego, ya en Madrid y destinado al apostolado intelectual, sacó el título de periodismo y la licenciatura en derecho, se integró en las décadas de los 70 y los 80 en la Casa de Escritores como miembro de aquella brillante generación de los Bolado, Caffarena, etc., colaborando y gestionando Razón y Fe, Fe y Secularidad, Hechos y Dichos, escribiendo también en periódicos nacionales, como Ya, dando clases en Icade.

Julio era realmente un sabio, a la antigua usanza, de amplios intereses. Su mirada y sus lecturas iban siempre más allá de lo eclesiástico, abiertas a la realidad profana sociopolítica y cultural. Fue sin duda un “intelectual” en el sentido primigenio del término, “*intus-legere*”, leer adentro, captando la profundidad de la historia y de la vida. Hombre de una gran hondura humana, llegaba hasta el final de todos los temas y reflexiones, con gran honestidad intelectual; siempre parco en palabras, pero muy lejos de banalidades y superficialidad.

Y así cada vez más su mucho saber se convirtió en un “saborear”, como él mismo nos recomendaba tantas veces. Con ello su dedicación de publicista fue derivando a la formación de los nuestros, como superior de las casas de formación de Naranjo y Panizo en Madrid (1982-1992) hasta ser designado Provincial de Aragón por el P. Kolvenbach (1992-1998). Todavía siguió unos años con responsabilidades de gobierno en el Centro Pignatelli y en la comunidad del Salvador, de Zaragoza, hasta jubilarse de ellas en 2012 quedándose en el trabajo sosegado del Centro Arrupe de Valencia, dedicado fundamentalmente a la guía espiritual que hemos podido disfrutar muchos en sus Ejercicios y su acompañamiento personal, mientras iba publicando sus libros de homilías y de Ejercicios. Como dice uno de sus compañeros de comunidad, “siempre con tono constructivo, sensato, nunca le faltaba una palabra de ánimo para los que teníamos una vida más activa, a él, que estaba en un ritmo más sereno por edad”.

El saber/saborear de Julio le convirtió en un receptor y un artesano de la palabra. De la Palabra de Dios, ante todo: Ordenado sacerdote en 1964 con su primo jesuita Rafa Casanova, en la homilía de su primera misa identificaba sobre todo su sacerdocio como “*ministerium Verbi*”, el servicio de la Palabra. La palabra de la exhortación, de la predicación, del consejo. Y en especial las palabras sacramentales, que efectúan lo que dicen. Cuando 50 años después celebró sus bodas de oro, reconocía que la había predicado en muy diversas formas... “siempre sabiendo que esta Palabra, que a lo más yo glosaba, no era mía, sino de Aquel que me había enviado a decirla”. O, como decía en otra ocasión, “Jesús está presente con nosotros fundamentalmente por su Palabra. Ésta nos acompaña a lo largo de nuestra vida. Siempre tiene algo que decirnos: nos alienta, nos reprocha críticamente, nos consuela”.

Pero además era un artesano de la palabra humana, que sabía aprovechar para extraer los contenidos más profundos: Cuántas veces en las homilias utilizaba juegos de palabras para recalcar una idea: Que hemos de estar prendados y prendidos por Jesús, que su llamada se vuelve llamarada que nos hace arder, que nos reconocemos agraciados y agradecidos, agradecidamente orgullosos y orgullosamente agradecidos. Tantas palabras hondas que sabía transmitir en su predicación, en sus ejercicios, en sus charlas...

Y también había una metáfora corporal predilecta suya para expresar la cercanía de Dios: las manos. Cuando proponía los Ejercicios de S. Ignacio, que seguía escrupulosamente, sin embargo introducía en la 3ª semana una preciosa contemplación de “las manos de Cristo”, aquellas manos primero activas que sanaban y acariciaban, que acogían y bendecían, y que habían quedado reducidas a la pasividad de las manos atadas y clavadas en la cruz, como han quedado las manos yertas de Julio, unas y otras sin embargo recogidas y sostenidas ya por las manos amorosas y vivificantes del Padre.

En sus homilias, sobre todo de funerales, recogía a veces la visión esperanzada de la muerte a través de 3 metáforas bíblicas sobre las manos de Dios: Manos de alfarero que conocen nuestra arcilla, que nos moldean de modo original, como seres únicos para él, que nos plasman a su imagen y semejanza. Manos de pastor, fuertes y vigorosas, que nos conducen con seguridad, pero que también sentimos ásperas en el acompañamiento desconcertante de nuestras zozobras y heridas. Y sobre todo manos de un Padre que tiene ternura de Madre. Y por eso citaba tanto las palabras últimas de Jesús que refiere el evangelio de Lucas: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”, a tus manos entrego mi vida. Para Julio, era la mejor definición de lo que es la muerte cristiana: “morir es acogerse a las manos fuertes de ese Padre de rasgos maternales”, dejó escrito.

En esas manos hemos depositado ahora, dolorosa y agradecidamente, la vida, la historia y el futuro de Julio.

Álvaro Alemany SJ

30-04-25